

**Comentario:** Recordar nuestro bautismo. Juan Bautista bautizaba en el Jordán a todas las personas que esperaban al Mesías de Dios y deseaban cambiar de vida. Adoptó este ritual como imagen externa de un cambio interior de vida.

Jesús se acercó al desierto y aceptó humildemente las enseñanzas de Juan Bautista. Pero no se quedó en el desierto. Tras su bautismo, Jesús marcha a Galilea a vivir en medio de la gente. Vive de cerca los problemas y sufrimientos *de* su pueblo. Se dedica a realizar los gestos de bondad que anunciaban la misericordia de Dios: curar a los enfermos, perdonar, acoger a los excluidos, ofrecer nuevas oportunidades a quienes estaban marcados por una vida de sufrimiento...

Recordar el bautismo de Jesús debe llevarnos a reforzar nuestro compromiso de bautizados. que consiste en hacer presente a Jesús en nuestra vida diaria: bendiciendo a todos. curando, escuchando a quien no puede más, construyendo un tiempo mejor. realizando sus gestos de misericordia... No solo fuimos bautizados con agua. sino con el Espíritu de Jesucristo.

### **SABIAS QUE—El río Jordán**

Es el caudal de agua más importante de Israel. Citado más de cien veces en la Biblia, discurre unos 150 km desde los montes del Líbano hasta el Mar Muerto.

Nunca se señala que tuviera puente alguno. Para cruzarlo, se vadeaba por lugares poco profundos. Da vida al lago Hulé (donde abundan aves migratorias) y al Mar de Galilea, citado en los evangelios. Era el símbolo de vida y fecundidad en una región árida y desértica. Juan Bautista bautizaba en este río para expresar la vida nueva que aceptaban quienes se bautizaban.

### **ORACIÓN**

Señor, que el agua de nuestro bautismo esté presente en nuestras vidas como esa lluvia fina que fecunda los campos y es promesa de una cosecha abundante.

Señor, que el agua de nuestro bautismo siga presente en nuestras vidas y nos limpie, cure y sane.

Señor. que el agua de nuestro bautismo no sea un recuerdo del pasado, sino una promesa de futuro y una vida vivida según tu ejemplo.



**Web Santa Clara: [www.parroquiasantaclara.com](http://www.parroquiasantaclara.com)**



## **COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA**

LECTURA DEL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS (3,15-16.21-22)

En aquel tiempo, el pueblo estaba en expectación, y todos se preguntaban si no sería Juan, el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos:

Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fue-go.

En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre Él en forma de paloma, y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.

Palabra del Señor

### **JESÚS, ALEGRÍA DEL MUNDO**

Comenzamos los domingos del Tiempo Ordinario que en el Ciclo C sigue el evangelio de Lucas. Sin embargo, este domingo es excepción pues se trata del evangelio de Juan que va insertándose, en diversas ocasiones, entre los evangelios sinópticos de los tres Ciclos, para completar así la presentación litúrgica de los cuatro evangelios.

Pero cae muy bien este evangelio de Juan al comienzo del Tiempo ordinario. Es como un anuncio inaugural de todo el itinerario de Jesús: «Así, en Caná de Galilea, Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria, y creció la fe de sus discípulos en Él» (Jn 2,11).

El “signo” que realiza Jesús, empujado por su Madre María, presente desde el principio, es la transformación del “agua” en “vino”, el vino «que recrea el corazón del hombre» (Salmo 104,15). La misma Escritura lo describe así, como hecho para la alegría. El “agua” de la Ley, insípida, aburrida y seca, Jesús la transforma el alegre vino de la Nueva Ley de Jesús, la “ley” interior inscrita en el corazón, pero llevada a plenitud por la libertad y la misericordia del Espíritu.

Éste es el signo que queremos subrayar hoy en la liturgia, desde la mesa desnuda de un altar vacío hasta el estallido de una mesa bien dispuesta y floreada en la que el vino tiene hoy un sentido especial.

5. Hace un año, en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz "no más esclavos, sino hermanos", me referí al primer icono bíblico de la fraternidad humana, la de Caín y Abel, y lo hice para llamar la atención sobre el modo en que fue traicionada esta primera fraternidad. Caín y Abel son hermanos. Proviene el uno del mismo vientre, son iguales en dignidad, y creados a imagen y semejanza de Dios; pero su fraternidad creacional se rompe. "Caín, además de no soportar a su hermano Abel, lo mata por envidia cometiendo el primer fratricidio". El fratricidio se convierte en paradigma de la traición, y el rechazo por parte de Caín a la fraternidad de Abel es la primera ruptura de las relaciones de hermandad, solidaridad y respeto mutuo. Dios interviene entonces para llamar al hombre a la responsabilidad ante su semejante, como hizo con Adán y Eva, los primeros padres, cuando rompieron la comunión con el Creador. "El Señor dijo a Caín: "Dónde está Abel, tu hermano? Respondió Caín: "No sé; ¿soy yo el guardián de mi hermano?". El Señor le replicó: ¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando desde el suelo".

Caín dice que no sabe lo que le ha sucedido a su hermano, dice que no es su guardián. No se siente responsable de su vida, de su suerte. No se siente implicado. Es indiferente ante su hermano, a pesar de que ambos estén unidos por el mismo origen. ¡Qué tristeza! ¡Qué drama fraterno, familiar, humano! Esta es la primera manifestación de la indiferencia entre hermanos. En cambio, Dios no es indiferente: la sangre de Abel tiene gran valor ante sus ojos y pide a Caín que rinda cuentas de ella. Por tanto, Dios se revela desde el inicio de la humanidad como Aquel que se interesa por la suerte del hombre. Cuando más tarde los hijos de Israel están bajo la esclavitud en Egipto, Dios interviene nuevamente. Dice a Moisés: "He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a liberarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel". Es importante destacar los verbos que describen la intervención de Dios: Él ve, oye, conoce, baja, libera. Dios no es indiferente. Está atento y actúa.

Del mismo modo, Dios, en su Hijo Jesús, ha bajado entre los hombres, se ha encarnado y se ha mostrado solidario con la humanidad en todo, menos en el pecado. Jesús se identificaba con la humanidad: "el primogénito entre muchos hermanos". Él no se limitaba a enseñar a la muchedumbre, sino que se preocupaba de ella, especialmente cuando la veía hambrienta o desocupada. Su mirada no estaba dirigida solamente a los hombres, sino también a los peces del mar, a las aves del cielo, a las plantas y a los árboles, pequeños y grandes: abrazaba a toda la creación. Ciertamente, él ve, pero no se limita a esto, puesto que toca a las personas, habla con ellas, actúa en su favor y hace el bien a quien se encuentra en necesidad. No sólo, sino que se deja conmover y llora. Y actúa para poner fin al sufrimiento, a la tristeza, a la miseria y a la muerte.

Jesús nos enseña a ser misericordiosos como el Padre. En la parábola del buen samaritano denuncia la omisión de ayuda frente a la urgente necesidad de los semejantes: "lo vio y pasó de largo". De la misma manera, mediante este ejemplo, invita a sus oyentes, y en particular a sus discípulos, a que aprendan a detenerse ante los sufrimientos de este mundo para aliviarlos, ante las heridas de los demás para curarlas, con los medios que tengan, comenzando por el propio tiempo, a pesar de tantas ocupaciones. En efecto, la indiferencia busca a menudo pretextos: el cumplimiento de los preceptos rituales, la cantidad de cosas que hay que hacer, los antagonismos que nos alejan los unos de los otros, los prejuicios de todo tipo que nos impiden hacernos prójimo. La misericordia es el corazón de Dios. Por ello debe ser también el corazón de todos los que se reconocen miembros de la única gran familia de sus hijos; un corazón que bate fuerte allí donde la dignidad humana —reflejo del rostro de Dios en sus creaturas— esté en juego. Jesús nos advierte: el amor a los demás —los extranjeros, los enfermos, los encarcelados, los que no tienen hogar, incluso los enemigos— es la medida con la que Dios juzgará nuestras acciones. De esto depende nuestro destino eterno. No es de extrañar que el apóstol Pablo invite a los cristianos de Roma a alegrarse con los que se alegran y a llorar con los que lloran, o que aconseje a los de Corinto organizar colectas como signo de solidaridad con los miembros de la Iglesia que sufren. Y san Juan escribe: "Si uno tiene bienes del mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?".

Por eso "es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre. La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, que llega hasta el perdón y al don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia". También nosotros estamos llamados a que el amor, la compasión, la misericordia y la solidaridad sean nuestro verdadero programa de vida, un estilo de comportamiento en nuestras relaciones de los unos con los otros. Esto pide la conversión del corazón: que la gracia de Dios transforme nuestro corazón de piedra en un corazón de carne, capaz de abrirse a los otros con auténtica solidaridad. Esta es mucho más que un "sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas". La solidaridad "es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos", porque la compasión surge de la fraternidad.

Así entendida, la solidaridad constituye la actitud moral y social que mejor responde a la toma de conciencia de las heridas de nuestro tiempo y de la innegable interdependencia que aumenta cada vez más, especialmente en un mundo globalizado, entre la vida de la persona y de su comunidad en un determinado lugar, así como la de los demás hombres y mujeres del resto del mundo.